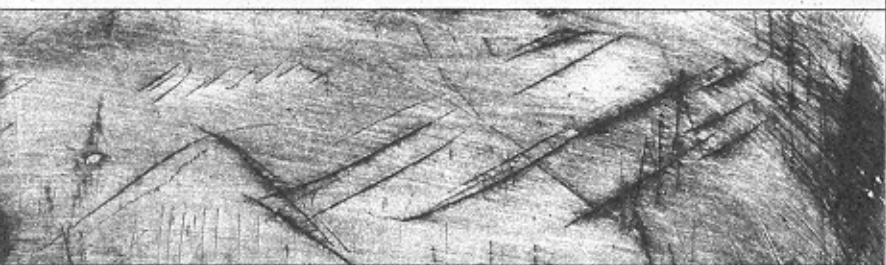


ANTONIO TENORIO



Entre polvo y ceniza



LA VERDAD NOS HARA LIBRES ®

UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO

DEPARTAMENTO DE LETRAS

ES AGUA LO QUE ES CUERPO

*De esa lengua con que me has engañado
Sólo su voz y sus huesos subsisten
Sus huesos se vuelven piedra
Un sonido es lo que pervive en ella:
Ojalá ame él del mismo modo
Y del mismo modo no halle lo que ama*

Ovidio

NUNCA NOS ES SUFICIENTE CON UNA SOLA VEZ. LA MISMA HISTORIA, dos veces, mira arriba. Tres veces, mira adentro. Cuatro veces, mira a tu alrededor... ¿cuántas veces habrá que contarla para que al fin podamos perdonarnos no tener voz?

Debí haberlo sabido. Tu voz, sin cuerpo ya, lejana, decía, repetía lo que tú, antes, habías escuchado de otras voces. Resisto mirarte, temo consumirme como escarcha bajo la redonda estrella incandescente. Tú entiendes otra cosa. Lo das por cierto y te quedas sin poder decir nada. A tu modo, te consumes de ira; supones el desdén: aun peor, el rechazo. Luego, a la inversa de la historias del primer principio, vino el caos, la confusión, la oscuridad. No como se cuenta en aquéllas, no; aquí, no fue primero la zozobra para dar paso a la luz, no se impuso el orden al desasosiego, qué va, bien lo sabes.

Con el corazón partido en dos mitades, una que ve lo que hay que ver, la otra que mira lo inimaginable, vuelves a repetir, con voz ajena, que el malentendido se mece sobre las olas de todas las historias. Y como el tiempo es historia...

Sólo el visionario, ciega mirada sobre el horizonte, pudo haber puesto en orden las cuentas, no lo hizo, prefirió la analogía, el engañoso laberinto de las metáforas, sobrado, como estaba de ansias de granjear la propia fama, a costa de lo que fuera. De lo que fuera, ¿me entiendes?, de ti, de mí, de una historia contada al revés. El debía presentarse como la voz de la voluntad indómita de los viejos dioses. No en vano, ¿lo sabías?, lo nuestro, sin nombrarte, fue lo primero que él vaticinó, te repito, dejando que quien lo escuchaba cayera por la pendiente de las figuraciones. De lo demás, fue encargándose cada uno: crédulos de encontrar sus propios hilos. *Si se non noverit*, si no llega a conocerse... si no llega.

¿Quién desde la sombra del estigma puede renunciar a encontrarse consigo mismo? No lo dijiste tú la primera, lo repetías y me lo advertiste, pero bien se aplica ahora: la única libertad posible es la de la fatalidad. Ir al encuentro con esa sombra de la que pende la mínima luz. Caminar para librarse y liberar, en un solo movimiento fatal, ¿fetal acaso, previo al nacimiento en la palabra de lo que a cada cual le ha sido dado narrar como si fuera propio?, esa fuerza alrededor del centro que, como a un flor amarilla con pétalos blancos, sostiene y limita. Un ciego que sólo ve hacia delante de su instante inmediato. Un río seco que fertiliza al blanco lirio que apenas si lo resiste. El parto, la niñez, preguntar si él vivirá hasta edad longeva. Y luego, tú, ya sin voz, pero un sonido que te es propio como el absoluto de tu impotencia de decir pervive en ti. Una historia sin parangón para servir de ejemplo.

¿Volverás a hablar? Te reconozco y me reconoces sin habernos visto nunca antes; ni siquiera en la mente afiebrada del profeta. No te miré, en medio de los ruidos confusos y las anónimas almas de voces peregrinas, no alcancé a ver tu rostro. Cuando intentaste acercarte, es cierto, preferí la evasión. La sombra de tus huesos y la memoria de tu voz, parecida a un lamento lejano, a un castigo de divinidad vengativa y ruin, es lo que quedó del primer encuentro. Después, quise imaginar que me seguías, que a lo lejos espías mis pasos y tomabas mi cuerpo como almohada y a ésta como agua para beber en las noches en que la sed y la furia esperaban la resurrección del alba.

En la rabia de tus labios húmedos, impronunciables palabras anidaron. Roca marmórea tu mutismo, sobre él escribiste la leyenda: *Sic amet ipse licet, sic non potiatut amato!*, ¡qué se ame tanto que nunca pueda poseer lo amado! Desearse y conocerse. Oscura invitación a caminar sobre el borde. Tarareas en el viento que tu laberíntica silueta corta a su paso, un verso que se escribirá después: "Máscara y río, grifo de los sueños./ Frío muerto y cabellera desterrada del aire/ que la crea, del aire que le miente son/ de vida arrastrada a la nube y a la abierta/boca negada en sangre que se mueve".

Pudo no haber sido verdad nada de esto que ahora te cuento. De hecho, ni tú, ni yo, ni el susurro del adivino, ni el estruendo de la mañana en que saliste corriendo, ni el rechazo dado por tal, ni el ojo universal que se apropió de esta historia como la de cada quien, ni el interludio que se abrió cuando te me perdiste y no supe de ti, ni nada de lo que viene en adelante, aparece en libro de texto alguno, como tampoco es parte de los registros de oficina alguna o censo poblacional que se haya hecho. Quizá lo que quede como rastro, sedimento del agua que

se llevó los sigmas de la leyenda que nos empeñamos en revivir, sea el bosque y la cálida tierra, la longeva mañana en que te volví a encontrar; de eso sí no había duda. Mas, debí haberlo sabido: la voz que engaña, siempre es la misma.

Volviste, eso creí; ¿es tarde? Espero que no. Aun y cuando para entonces, en la prisa sempiterna de no ir a hacia parte alguna, predije que no vendría más nunca, rehago lo que del vago rumor de tus huesos en el primer encuentro quedó, lo extraigo de la tierra e intentó dotarte de un cuerpo inteligible.

Fracaso. La ausencia, tu ausencia, ha hecho que sólo me haya quedado con el rastro esquivo de tu voz. El lodo se niega a resarcirme la forma de tu cuerpo. Vienes de lejos: creo escuchar el pesado deslizarse de tus pies cansados. Pero yo no lo sabré hasta que sea demasiado tarde, no es ese un cansancio de lejanía sino de ira. Impedida de decirlo por ti misma, dejas que sea la diosa de la venganza, en la paradoja de haber sido ella quien antes hubiera aprisionado tu alma y arrebatado tu lengua, esbozada bajo falsa túnica de la memoria, la que ajuste cuentas de lo que, sin más, has creído fue un engaño. Ella, en ti, prepara la celada.

En el aire flota el ácido olor de la autoinmolación. Tu cuerpo es agua, crees ver lo que ves, supones que ahora el engañado seré yo, imaginas que entreabriendo tu afluencia lavaré mis pecados. De pronto, antes de que llegue a donde desde hace semanas espero que vuelvas, tú, transformada en el caudal contenido que baja por entre las colinas, se percata que hay una poderosa sed en mi interior. Sed del agua de sí, te dices y tratas de abreviar de ti misma; imposible, demasiada es la prisa con la que descienes, demasiado el furor por que encuentre yo el manso espejo de agua en el que sueñas con cumplir tu venganza.

Caminé por el campo todo el día hasta percatarme que no había hecho otra cosa que caminar en círculos. Estaba, nuevamente, en el claro del bosque en el que en lugar de mirar de frente tu rostro en el primer encuentro, sucumbí a la tentación de los hombres rústicos: salir huyendo. Pues bien, lo sabes porque lo miraste todo, lo sabes de tanto repetirlo. Llegué y me pareció que de alguna manera indecible el sitio había en unos minutos aliviado tu ausencia, reparado la falta de vida que un poco antes me agobiaba en el mismo lugar. ¿La luz? ¿El aire? ¿La disposición de las partículas de la vida elemental? ¿Yo mismo? Supuse que era, al fin, la resarcida esperanza de volverte a encontrar; supuse que estarías por llegar, me tumbé en la hierba, cerré los ojos y esperé.

La sed de tu presencia pronto se diseminó. Me acerqué al espejo cristalino que en ese momento me pareció no haber visto antes, agaché el cuerpo y la cabeza y procedí a beber de sus aguas. Como un eco que ha quedado vacío, el chocar de mi cara, primero, y el chapotear de mis manos, después, pareció el crujir remoto de un madero podrido, un ruido casi indescifrable. El agua se estancó, fría, prodigiosa, lenta, mercuriante, en mi garganta. Podría jurar que filosas estalactitas comenzaron a formarse en mi boca y que en el vaho que emergía un rostro comenzaba a delinearse.

Pero fue la propia agua la que me hizo pensar que, ya te lo dije, uno puede creer que lo que ve es porque uno lo ve. Quise hallar algo que amar en las aguas del estanque, quise creer que llegarías y entonces yo estaría ahí para no irme. Estaría ahí para lavarte el pelo, bañar tu cuerpo, aclarar tu voz, limpiar tu sangre, llegar hasta el fondo de tus labios, abrazarme a tu cintura reluciente. Amar un esperanza sin cuerpo, creer que es cuerpo lo que es agua. Lo cumplí, ahí estaba cuando apareciste otra

vez, sin decirme nada, sin anunciarte, dispuesta, no a mí, sino al destino.

Entonces pudo más la sed de cada cual. Pudo más el estigma y el círculo maldito de lo inevitable. Miré y creí ver. Sangre y hueso, rostro, mirada, semblante. Con el corazón partido en dos mitades, ofrecí a la imagen sobre el agua la mitad que mira lo inimaginable. Me entregué como la resina al fuego, y tu final y el mío ya lo conoces. Deja, repite, con la mitad de corazón mío que se ha confundido con mitad semejante del tuyo, al cronista relatando lo que sobrevino después.

Haz un intento, anda, por quedarte con todas sus palabras. Devóralas como intentaste hacer conmigo. Vamos, no trunques la voz que perpetuará tu nombre y el mío como sueño recurrente de los que vendrán en el porvenir. Eleva su voz el cronista. El memorioso recapitulador, que será poeta, como el visor que dejó caer el estigma, a su modo lo fue. Lluvia metafórica, recuéstate, mira al cielo y yendo hacia él, desciende a las profundidades de lo que las letras de nuestros rostros, nuestros actos, nuestras omisiones, nuestras presentes ausencias, nuestras ausencias futuras, nuestros nombres inmortales quieren decir.

Repites: "Y mientras ansía apaciguar la sed otra sed ha brotado (...) ama una esperanza sin cuerpo cree que es cuerpo lo que es agua". Hablas desde tu profunda oscuridad de mí; pero soy yo tu espejo, no te has percatado, ni siquiera ahora que ya todo terminó y que ambos vivimos sólo de lo que los otros repiten de nosotros, de lo que no pudo haber sido y por ende fue.

Sigues describiéndome para saber de ti, todos son trozos de una historia bellamente hilvanada con un final trágico: "y a la vez que enciende arde... No sabe qué es lo que ve... Pero lo que ve le quema y la misma ilusión que

engaña sus ojos, los espolea... Esa sombra nada tiene propio". Una voz, oh diosa de la venganza, te asegura: es su propia imagen la que él ve. Tú le crees, el engaño, múltiple, simultáneo, continúa.

Todo lo contemplas desde la parsimoniosa comodidad que te otorga tu posición de continente. La imagen flota como una isla y cualquiera diría que hasta disfrutas al percartarte de cómo mi mirada se ha vuelto ávida del escurridizo islote del ensueño. Un poco más cerca, un poco más lejos, busco alcanzar un espacio común, por ínfimo que éste sea, entre lo que mis ojos miran y mi cuerpo urgido de remanso reclama. La voz del poeta por ti repetida convierte la furtiva imagen en vuelo detenido por la flecha de la letra, dicen que me hacen decir, que soy yo y no lo que ustedes han hecho de mí quien habla, en fin, dicen que digo al convocar a la isla deseada a que se acerque a la orilla desde la que imploro: "Un poco de agua es lo que entre nosotros se interpone... La abundancia me ha hecho indigente".

Un instante después, sin importar que medie contradicción evidente, se requiere un recurso que refuerce el sentimiento de sufrimiento que ya para entonces me embarga. ¿A mí nada más? ¿Qué hacías tú mientras tanto? ¿Ni por un segundo tuviste la intención de parar todo aquello, romper con la fatalidad, truncar el destino, torcer la historia, inventarte una que te perteneciera, que pudieras contar con tu propia voz? Me describen, saben que para esa hora me he perdido, estoy a merced de lo que venga: "Deseo inaudito para un amante. Quisiera que lo que amo estuviera lejos... Pero siendo así los dos morimos unidos en un solo aliento".

Y no es que te quiera salvar. Esas obsesiones por rescatar no van con nosotros. Por el contrario, quedó claro desde un principio, en mí, en ti, germina la sospecha

de una vocación compartida por perdernos. Mas eso, creí aun en aquel momento, podía contemplar no perdernos el uno del otro, sino extraviarnos juntos. Debí haber sabido que no podía ser de ese modo.

Viene el desenlace, la barca, lo que de ella queda, trae marcadas sobre los restos de madera que el furioso mar ha batido, algunas líneas. ¿Te fijas? Yo mismo no me puedo sustraer de la trampa de las metáforas. Palabras que dejando de ser, son, se revuelven sobre sí mismas, sacan vida de su muerte. Mi alma se apresuraba a abandonar mi cuerpo. Por más que intentaba, el reflejo en el agua seguía siendo inasible. Sin un cuerpo que velar, ni el mío ni el tuyo, sin nadie que pudiera llorarnos si, en el sigilo de nuestra pasión compartida, nos perdíamos el uno del otro al mismo tiempo, así, asesinos de nosotros, viudos a la par, algo habría de quedar en tus pupilas de mí, en mi oído de ti. "Como suele fundirse la rubia cera a un fuego suave, o la escarcha de la mañana bajo un sol tibio, así él se deshace consumido por el amor, y va siendo devorado poco a poco por el oculto fuego... En vez de su cuerpo encontraron una flor amarilla de pétalos blancos alrededor".

Canta el último suspiro tu voz que emerge de las cuevas. Canta siempre cuando lira y voz de otro halla. Saliste del agua cuando fui tragado por ella, que eras tú. Saliste espantada de tu acción y de descubrir el engaño de la diosa venganza: el acto te aniquilaba a ti también. Corriste por días entre bosques y montañas escarpadas hasta que encontraste una cueva que desde entonces te sirve de refugio.

Hasta hace unos días has salido por fin de tu escondite. Bajaste hasta un riachuelo cercano a lavar tu cuerpo lleno de cicatrices del tiempo. Pusiste tímidamente un pie para medir lo frío y potente del cauce, nada para es-

pantarse, si querías podías bañar el cuerpo entero, lo que suponías, era, sentías, como tu cuerpo. Preferiste, en cambio, recostarte sobre el pastizal apenas crecido de la orilla. Boca abajo, dirigiste la cabeza, cerraste los ojos y por un instante me volviste a ver, en esa misma posición, prendado de lo que siempre creíste (¿te lo dijo la diosa venganza o simplemente tú lo diste por hecho?) que era mi propia imagen reflejada.

Abres los ojos, vuelves a mirar, buscas el agua, te buscas en ella para nombrar tu rostro indefinible de una vez por todas, para liberarte del sortilegio, para ahuyentar esos fantasmas que aún de noche en noche traen mi nombre a las paredes de tu refugio interior de silencio casi permanente. Abres los ojos y no ves nada, ni siquiera el eco de un viejo rostro cuya fisonomía hubieras olvidado. No tienes rostro y hasta ahora te das cuenta.

No hay tiempo para iniciar otra vida. Te percatas, reconstruyes. Invocas mi voz: aquí está, contándote la misma historia de otra forma, soy yo, el que murió ahogado en un yo que eras tú. Sí, había que haber estado ahí para saberlo, la imagen era yo siendo tú. Hice que mis compañeros, en aquel lejano ayer, se perdieran. Grité hasta que hallé de ti respuesta. Rehuí no tu presencia sino mirar tu cara. Te pensaste rechazada. No entendiste, y yo no supe cómo explicarte lo que tampoco yo comprendía. Frente al estanque lo supe: Era yo el que no tenía rostro, el que requería de ti, Eco, para salvarse perdiéndose en tu nombre, en los pliegues del agua viviente de tu imagen.